

EL MANANTIAL SAGRADO I

LORETO GARCÍA BENAVENTE

Todas las localidades y los personajes descritos en esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con lugares existentes o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no debe interpretarse como una representación intencionada de la realidad. Del mismo modo, las leyendas y los mitos que aquí aparecen están inspirados en diversas culturas y no pretenden, de ninguna forma, ser una representación fehaciente de alguna en específico. Este libro contiene elementos que podrían despertar la sensibilidad de algunos lectores, como escenas de violencia y batallas con resultado de muerte.

¡Gracias por tu interés en esta obra! ¡Que disfrutes tu lectura!

Título Original: La Mansión. La Saga del Manantial Sagrado I.

Autora: Loreto García Benavente.

Sígueme en Instagram: @loreto_garciabenavente

Primera edición 2025.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, transmisión o distribución en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro modo presente o futuro, sin el permiso previo y por escrito de la escritora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Copyright© 2023 Loreto García Benavente.

Número Registro Propiedad Intelectual: 2023-A-12025

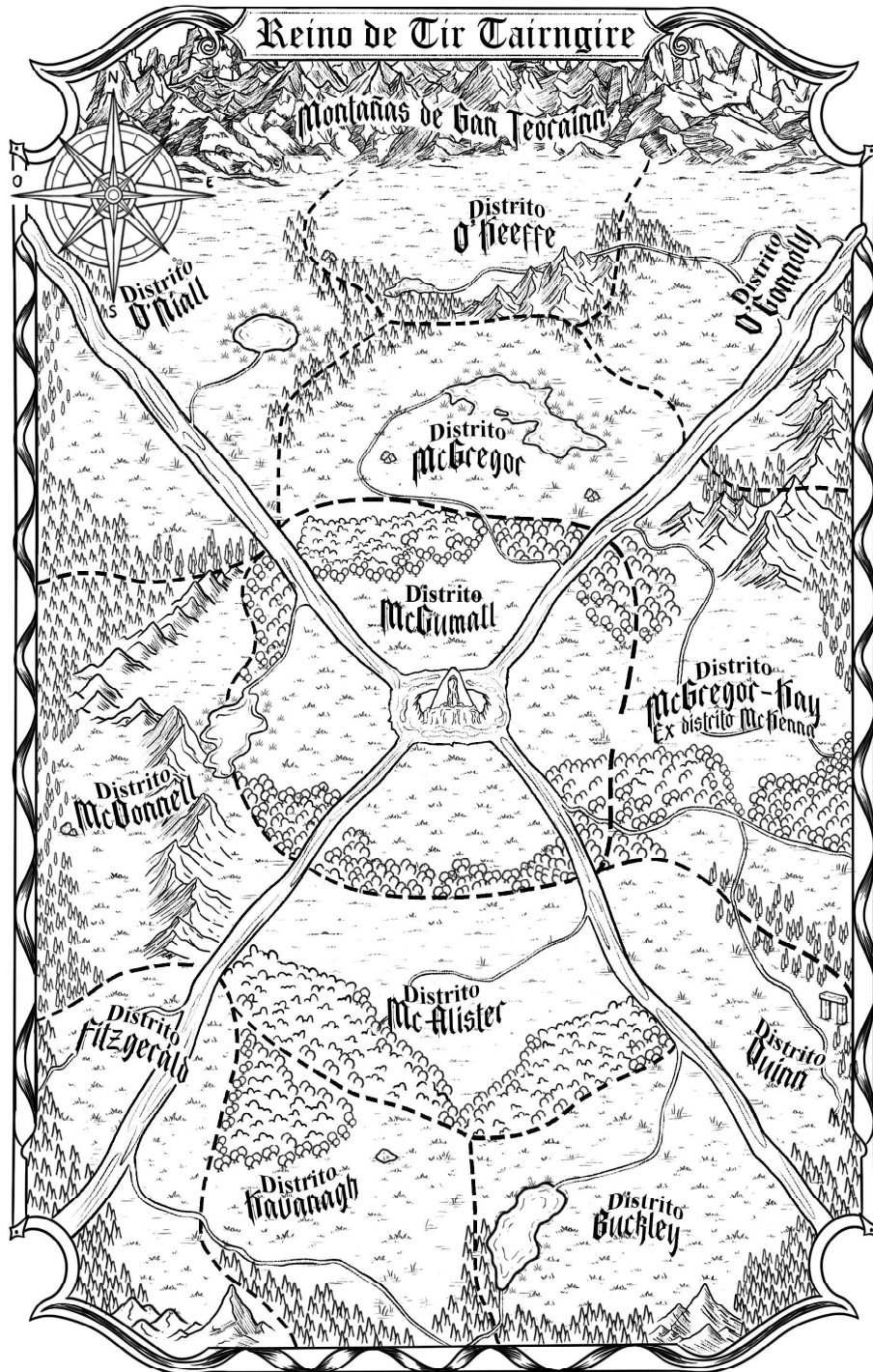
ISBN: 9798313081441

Edición y corrección de estilo por Valeria Fernández Almonacid (@valefer28)

Diseño, maquetación e ilustración por Austrova (@austrova)

Para mi Peinch, el amor de mi vida, quien siempre cuida de nosotras y nunca ha dejado de creer en mí, en mi sueño...

Para Anto y Vale, nuestras dos princesas de luz, cuyas existencias nos han traído tanto amor y felicidad como jamás lo creímos posible...

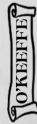


Clanes originales del Reino de Tir Tairngire

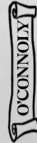
El Círculo de Hierro



O'NIALL
 DOMHNAL O'NIALL — ISOBEL O'KEEFE
 LIAM O'NIALL — KANE O'NIALL



O'KEEFE
 ROWAN O'KEEFE *El Fantasma* — DACEY O'CONNOLLY
 JANE O'KEEFE — ARLENE O'KEEFE



O'CONNOLLY
 TURLOCH O'CONNOLLY *El Coloso* — SHAWN O'CONNOLLY — ROSE O'CONNOLLY
 KELSIE GRATH

La Cofradía



MCCUMALL
 NIAMHÍ McCumall — OISÍN McCumall
 DIANA McCumall *La Reina de Fuego* — OSCAR McCumall *El Que No Pudo Reinar* — CAITLÍN McCumall *La Reina Viva*



MCDONNELL
 GAEL McDONNELL *El Gigante Pelirrojo* — MAIYE McDONNELL — AENGUS McDONNELL — LOREEN McDONNELL



KAY
 AIDEN Kay *El Segundo* — TARA McCREGOR — KIERAN KAY — GRACE KAY

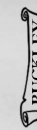
Clanes Afines



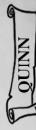
FITZGERALD
 KONAN FITZGERALD — FIONA QUINN
 BRIANNA FITZGERALD



KAVANAGH
 FERRIS KAVANAGH — DEIDRE BUCKLEY
 FIONA KAVANAGH — AVA KAVANAGH — LILLY KAVANAGH



BUCKLEY
 PETER BUCKLEY — ENYA FITZGERALD
 TRISTAN BUCKLEY — CIARA BUCKLEY



QUINN
 DYLAN QUINN — ANNA FITZGERALD
 FERUS QUINN — DEILIAN QUINN



MCGREGGOR
 ARTHUR MCGREGGOR *El General* — JOAN BUCKLEY *La Reina* — SEAMUS MCGREGGOR



MCALISTER
 BRANNAGH McALISTER *La Reina* — LISA KAVANAGH *La Reina* — AUSTIN McALISTER *Fallecido* — TAYLOR McALISTER *Fallecido*



MCKENNA
 DECLAN MCKENNA *El Traidor* — BRIANNA FITZGERALD — LORCAN MCKENNA *Capitán de la Guardia Real*

La Mansión

Hoy es el día que tanto temía: regreso a mi pueblo natal después de tres largos años huyendo por el país, arrastrada por mi madre. Sin arraigo ni descanso. Siempre alerta. Siempre solas. Escapando de algo que jamás pudo nombrar. Nunca me dijo a qué le temía, ni por qué. Nunca me explicó contra quién debía defenderme. Ni cómo.

Hasta que un día, simplemente, desapareció.

Ahora me obligan a volver con Nana, mi abuela. Regreso al único lugar que alguna vez llamé hogar, al pueblo que un día fue mi familia... pero que nos dio la espalda aquella noche en la que todo cambió.

No estoy lista para regresar, no quiero enfrentarme a quienes me lastimaron, ni estar cerca de la Mansión. No sé cómo explicarlo, pero algo en mí se remueve cada vez que la veo. Algo me dice que allí, entre esos muros, están las respuestas que necesito.

No quería volver. No debía hacerlo. Pero ahora que estoy aquí, no voy a detenerme hasta descubrir qué ocurrió esa noche, qué secretos esconde la Mansión y, sobre todo, dónde está mamá. Porque alguien se la llevó, y no descansaré hasta encontrarla.

Capítulo uno: Red Fae

Nuevamente estoy atrapada en este agujero oscuro, donde todo es humedad y putrefacción. No tengo idea de dónde estoy ni cómo llegué aquí. Solo sé que tengo que escapar, huir y alejarme lo más rápido que pueda.

Aunque la oscuridad es intensa y no logro ver mucho, la idea de que ya he estado en este lugar hace eco en mi cabeza, mientras siento como el pánico se extiende por mi cuerpo.

De pronto, escucho unos susurros que se oyen desesperados. Balbuceos que tardan unos segundos en cobrar sentido en mi cabeza. Hasta que me doy cuenta de que es mi voz la que escucho, y que los sollozos escapan desde mi propia garganta. Aprieto los labios y muevo la cabeza de forma enérgica para tratar de sacudir el miedo que amenaza con paralizarme.

Ahora que acallé mi propia voz, noto que estoy inmersa en el silencio más intenso en el que he estado nunca y el ruido de mi respiración resuena cual golpe de tambor.

Me levanto con cuidado del suelo y empiezo a tantear las paredes que se sienten frías e irregulares bajo mi tacto. Siento como hilos de humedad bajan por las paredes y se cuelan entre mis dedos, lo que explica el olor a putrefacción que vuelve el aire irrespirable. Tanteo a ciegas cada centímetro del espacio que me rodea, desesperada por encontrar una salida antes de que sea demasiado tarde.

Súbitamente el silencio es interrumpido por pasos amortiguados que se acercan. No sé quién es, pero mi cuerpo reacciona de inmediato ante el sonido y me acuclillo en una esquina tratando de fundirme en la oscuridad y desaparecer en ella.

Los pasos se detienen y escucho con horror el inconfundible sonido de una llave girando dentro de una cerradura. Los temblores de mi cuerpo son tan intensos que siento que mis dientes van a estallar de tanto golpear unos con otros, por lo que pongo ambas manos sobre mi boca para tratar de detener el castañeteo.

Todos los vellos de mi cuerpo se erizan a la vez y siento cada uno de mis sentidos agudizados al máximo, y cuando creo que ya no podré controlar este terror que me inunda cada vez con más fuerza, escucho que la puerta se abre de golpe al mismo tiempo que una voz me susurra al oído: “¡Huye!”».

Doy un salto en la cama y me despierto temblando. Estoy toda transpirada, pelo y pijama estilando. Las sábanas y la almohada están mojadas y resulta muy incómodo seguir acostada sobre ellas.

Como ya estoy acostumbrada a despertar sudada después de mis pesadillas, hago lo que tengo que hacer en piloto automático: me levanto, me cambio el pijama por uno limpio y voy al baño a secarme el pelo.

Mis ojos se detienen en el espejo y casi no puedo reconocermé. Estoy pálida, con negras ojeras y los ojos hundidos, sin rastro del brillo que solían tener. Mi pelo está pegoteado sin vida sobre mi rostro. No sé si reír o llorar ante esta patética visión de mí misma, casi una sombra de lo que era, pero prefiero desviar la mirada y acabar rápido con la tarea.

Cuando termino me vuelvo a meter a la cama por el otro lado, pero no me demoro mucho en comprender que será imposible volver a dormir. Me levanto y camino hacia la ventana para sentarme sobre los cojines del bow window y corro las gruesas cortinas para mirar a través del frío ventanal.

Ahí, al frente mío y recortando la oscura noche sin estrellas, resalta la gran Mansión McCumall, hogar milenario de los fundadores de este pueblo. Creo ver que se hincha y encoge como si estuviera respirando, como si tuviera vida. Siento que me devuelve la mirada con la misma intensidad con la que yo la observo a ella y que está esperando por mí, que siempre lo ha estado haciendo. Y no puedo evitar que un escalofrío recorra mi cuerpo por completo.

Si bien, al verla, cualquiera podría pensar que es solo una de las muchas casonas dispersas por la isla —legado de los ingleses—, basta con detenerse a contemplarla en la oscuridad, escuchar los ruidos que emergen de ella por las noches, o percibir la inquietante energía que emana desde su interior para comprender que no es una vivienda común.

No, ésta no se parece en nada a las otras mansiones de Irlanda.

Situada justo al frente de mi ventana y en lo alto de un gran risco que termina en un acantilado que baja de forma abrupta hacia el mar, se alza imponente con

su fachada de piedra gris desgastada por los años, siendo parte de mi paisaje desde que nací.

Es como un imán para mí, lo que no es extraño, ya que esa Mansión es la responsable de absolutamente todas las cosas terribles que han pasado en mi vida.

En algún minuto debo haberme quedado dormida, ya que despierto temblando de frío y medio perdida tratando de identificar donde estoy, hasta que finalmente caigo en la cuenta de que estoy de vuelta en mi pueblo natal, RedFae, que no sé nada de mi madre desaparecida hace meses, y que mi vida es un completo desastre.

Salto rápidamente de los cojines y vuelo al baño, ya estoy atrasada y ni siquiera llevo un día de vuelta en la escuela. Aún no termino de arreglarme cuando escucho la voz de Nana que me grita desde el primer piso, urgiéndome a apurarme. Suspiro con resignación mientras observo por última vez mi imagen en el espejo, vestida con el uniforme del instituto que jamás pensé que volvería a usar, y tomo mi mochila para salir.

Bajo corriendo las escaleras y paso sin detenerme por fuera de la cocina mientras Nana me dice algo del desayuno, pero como ya voy atrasada, prefiero gritar un adiós y salir como una bala hacia el exterior.

Monto en mi vieja bicicleta que Nana conservó en el mismo lugar de siempre y me pongo en marcha. Pedalear camino a la escuela me calma de algún modo. Me recuerda a Mamá, ya que siempre que me quejaba de lo mucho que tenía que andar para llegar a cualquier lado, ella decía que uno de los mayores beneficios de vivir alejadas del centro, y de sus luces, era poder ver las estrellas en todo su esplendor.

Por fin llego a la escuela y dejo la bicicleta en el lugar destinado para ella a un costado del gimnasio. Avanzo lo más rápido posible sin parecer desesperada, mientras siento que mis nervios se incrementan de manera ridícula, llegando a un nivel que de seguro es inhumano. ¿Será muy tarde para echar a correr hacia el otro lado? Supongo que puedo recurrir a un resfrío repentino o simplemente apelar a que ya estoy lo suficientemente educada como para seguir asistiendo a la escuela.

Contra todo pronóstico cruzo el patio sin caerme, chocar con algo, o peor aún, ser reconocida. Me atrevo a soltar un poco el aire que había estado

conteniendo desde que llegué y sigo avanzando a paso firme dispuesta a disfrutar de estos minutos de anonimato en los que nadie se ha fijado en mí. Aún.

Subo los escalones para ingresar al edificio con la mente puesta en que mi cara no refleje la lucha interna que enfrento, pero al cruzar la puerta y dar el primer paso, resbalo con algo derramado en el suelo y empiezo a patinar sin control, moviendo los brazos en todas las direcciones para aterrizar directamente sobre algo duro. No, no es algo, es alguien.

Unos brazos fuertes me rodean antes de que llegue al suelo. Levanto la mirada y quedo atrapada en unos profundos ojos azules, más bien calipsos, que me dejan sin aliento. Mi salvador me está viendo fijamente a los ojos, y siento que me quedo sin respiración ante la profundidad de su mirada, mientras puedo sentir exactamente cada uno de los puntos donde sus manos me tocan, ya que su solo contacto produce un extraño cosquilleo en cada uno de ellos.

Mientras trato de recordar como respirar, él abre sus labios para hablarme por primera vez y escucho su profunda voz que me dice:

—¿Crees que ya puedes bajarte de mí? Me estas clavando los codos en las costillas y llevas mirándome con una expresión rara hace más de cinco minutos. ¿Te sientes mal?

—Ah, sí, claro, ¡disculpa! —digo soltándome de su abrazo—. Es que pensé que te conocía y solo estaba tratando de recordar de dónde —agrego con lo que espero no sea una cara de «en realidad, solo quedé patidifusa por la perfección de tu rostro», mientras mi voz interna me grita desesperada que deje de mirarlo como si no hubiera tenido contacto con otro ser humano en mi vida.

—No te preocupes, solo pasaba por ahí y me caíste encima, no me significó gran esfuerzo —dice sonriendo.

—Muchas gracias por salvarme. Soy Alana, y como ves, un poco torpe —digo, mientras el resto de los estudiantes pasan por nuestro lado en dirección a sus respectivas clases.

—Mi nombre es Liam —dice acomodándose la chaqueta del uniforme que casi le desgarré al caer sobre él, y levantando la cabeza, agrega:

—Está sonando el timbre, nos vemos por ahí. Trata de mantenerte en pie esta vez —. Y se aleja sin voltear. Me quedo unos segundos con la mirada pegada en su espalda, mientras sacudo la cabeza tratando de superar la

vergüenza que acabo de pasar y me obligo a caminar hacia la dirección estudiantil a entregar mis papeles de traslado y recoger mi nuevo horario.

Llego a la oficina y no me sorprendo de encontrarla exactamente igual a la última vez que estuve aquí. Al poner un pie dentro del lugar siento como todo el miedo y la ansiedad que he ido acumulando desde que supe que tenía que regresar aparecen en todo su esplendor, logrando que el corazón se me apriete en el instante.

Me acerco al enorme mesón, de todo el ancho de la oficina, que separa el área pública de la privada y veo detrás de su escritorio a la señorita Deidre, la secretaria de la escuela desde hace miles de años, concentrada en la pantalla de su computador.

—¿Hola? —saludo. Ya estoy bien atrasada y agradecería a todo el universo no llamar la atención de nadie en lo que queda del día.

—¡Hola, cariño! Pasa, no te quedes ahí —dice con una amable sonrisa levantando la cabeza—. ¿Te acaban de transferir? No solemos recibir muchos alumnos nuevos a mitad del período escolar —dice mientras se levanta del escritorio y se acerca al mesón para recibir mis antecedentes. En cuanto su mirada se posa en mí, me reconoce de inmediato y su cambio de expresión es evidente: los ojos se le abren como platos y la sonrisa se le desvanece del rostro.

—¿Alana, eres tú?

Ella siempre ha sido una persona muy amable y ver la mirada cargada de lástima que me dirige me entristece. Aunque sé que no es su intención, su reacción me hace sentir pequeña e indefensa. Trato de mantener mi expresión calmada, de no reflejar mis inseguridades, y le respondo obligándome a mantener una sonrisa en mi rostro.

—Sí, hola, señorita Deidre, qué gusto de saludarla. Aquí están los papeles de mi anterior escuela y del traslado. Por favor, le pido si me puede entregar mi horario.

La señorita Deidre me devuelve la sonrisa y me da una palmadita en la mano mientras se apresura a hacer mi ingreso e imprimir mi horario.

Al revisar, compruebo que mi primera clase es historia de Europa, mi favorita, y lo tomo como una pequeña señal de que las cosas no serán tan terribles como pensaba. Probablemente ya todos se olvidaron de mí, de mi madre y de cómo fue nuestra vergonzosa salida del pueblo. «Sueña, que es gratis, querida», acota mi voz interna. Pero decido ignorarla.

Como era obvio, al llegar al salón la puerta ya está cerrada, por lo que no me queda más que golpear y entrar, avanzando directo al escritorio del profesor. En cuanto pongo un pie dentro, las conversaciones se detienen y siento todas las miradas clavadas en mí. El silencio sepulcral que se hizo ante mi llegada se transforma rápidamente en murmullos, expresiones de incredulidad y más de algún comentario venenoso.

Me muevo de un pie al otro, nerviosa, pero sigo manteniendo la mirada en el profesor, ignorando a todos los chicos sentados detrás de mí.

—Buenos días, Señor Haaly —lo saludo chequeando su nombre en mi horario—. Me disculpo por llegar tarde, pero es mi primer día y se demoraron en admisión.

—Ya basta chicos, compórtense —dice el profesor moviendo los brazos para calmar los ánimos—. Pase, señorita...

—Kelly —completo yo, tratando de apurar el proceso y salir del frente de todo el mundo. En cuanto digo mi apellido el profesor levanta la mirada de forma violenta para posar sus ojos en mí por primera vez desde que ingresé a su salón y veo como se le congela la expresión del rostro. Por un segundo temo que me expulse por persona «non grata» o algo similar.

—Por favor, pasa y siéntate al lado del señor Townsend —dice finalmente y me indica un asiento vacío junto a un chico que no reconozco y que parece muy concentrado en sus deberes. Pareciera ser el único que no está con los ojos pegados en mí y agradezco en silencio no tener que sentarme con alguno de mis antiguos compañeros.

—Hola, mi nombre es Alana —digo despacito mientras me siento en mi lugar.

—Mmm —. Es el único sonido que recibo de vuelta del chico que ni siquiera levanta la cabeza para responder a mi saludo.

—¿Eres nuevo en el pueblo? —pregunto por entablar conversación.

—Curioso... pensé que la nueva eras tú —contesta con claro hastío, sin levantar la mirada del cuaderno.

—Yoo... mmm... no. Es una larga historia —baluceo sorprendida por su actitud.

—Que bueno que no me importa, entonces —dice despacio. Y dejando de escribir, levanta la cabeza para mirarme y veo su rostro por primera vez.

El contacto con su mirada me sobresalta. Tiene un rostro duro, de mandíbula cuadrada, que le otorga un aspecto de chico malo y peligroso. El pelo es negro y los ojos cafés, la nariz baja recta y posee la mirada más fría que he visto en alguien. Si no estuviera segura de que no nos conocemos, podría decir que me da un poco de miedo la forma en la que me está mirando, como si le hubiera hecho algo terrible en el pasado a él y a toda su familia. Como si me odiara.

—Ah, sí, perdón si te molesté —susurro sorprendida por la evidente molestia que mi presencia le causa. Como respuesta, solo obtengo un extraño gruñido.

Me quedo mirándolo unos minutos impactada por su actitud y preguntándome qué puedo haber hecho en estos escasos minutos para desagradarle tanto. Ignoro a mi voz interior que me ruega a gritos que salga corriendo de este lugar, ya que no es una opción viable, y aparto la mirada de él. Me entierro en la silla rezando para pasar inadvertida y sobrevivir lo que queda del día, mientras hago esfuerzos por ignorar las risitas y comentarios sobre mí que el profesor aún no logra controlar del todo.

Capítulo dos: Red Fae

Faltan pocos minutos antes de la última hora de la mañana cuando Brooke Harris se detiene en el pasillo al escuchar la familiar voz de Colin que le grita desde lo lejos. Se voltea y descubre que su amigo viene corriendo y aleteando en su dirección como si lo viniera persiguiendo una manada de dinosaurios desbocados.

—Ya cálmate y dime qué te pasa —dice Brooke cuando el chico llega a su lado.

Colin se inclina sobre su estómago tratando de recuperar el aliento y empieza a balbucear entre nervioso y emocionado.

—¡Es verdad! ¡Pensé que no lo era cuando lo escuché, pero es verdad! —dice casi gritando.

—Pero ¿de qué estás hablando? —dice Brooke aguantando la risa, mientras mira el reloj del pasillo. Faltan cinco minutos para que toquen el timbre y no pretende llegar tarde nuevamente a clase.

—Te he estado buscando toda la mañana y te dejé mil mensajes en el celular. ¿Es que no lo sabes? —dice tirándola fuerte del brazo para que deje de caminar—. ¡Ella ha vuelto!

—No he mirado el celular, estuve en el laboratorio toda la mañana. Pero dime, ¿quién llegó que te tiene tan agitado? ¿La madre de los dragones? —ríe la chica de su propio chiste.

—¡Plfff! que graciosa. ¡Es ella! ¡Ha regresado y está aquí, en la escuela, ahora!

Brooke siente como si hubiera recibido un balde de agua fría en la cabeza cuando finalmente comprende lo que su amigo le está diciendo.

—¿Quién volvió Colin? ¿Acaso me estás hablando de Alana? —dice lentamente.

—¡Por supuesto que sí! ¿Quién más? ¡Lana ha vuelto! —dice agarrándola de los hombros y zamarreándola un poco más fuerte de lo necesario.

—¿Dónde está? ¡Debo verla ahora! —dice la chica al mismo tiempo que suena el timbre anunciando el inicio de la última hora de la mañana. —¡Mierda! —agrega al ver que la profesora se acerca—. ¿Sabes en que salón está?

—Ni idea, la he buscado toda la mañana y no he logrado dar con ella.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —es lo único que logra articular Brooke mientras la profesora insiste en llamarla para que entre a clase. Finalmente, dándose por vencida, resopla y entra al salón, cerrando la puerta tras de ella.

Por más que Brooke hace lo imposible por ignorarla, Victoria Flynn, la hermana melliza de su mejor amigo Colin, no para de mandarle mensajes al celular y hacerle gestos para que los lea. Victoria es la reina del drama y Brooke lo sabe, por lo que decide mantenerlo en la mochila para su tranquilidad mental y, de paso, ahorrarse problemas por usarlo en clases.

Brooke debe recurrir a todo su autocontrol para evitar volverse hacia el puesto de la chica y tirarle la mochila arriba de la cabeza para lograr que se calme de una buena vez y deje de hacer soniditos y muecas. No quiere hablar con ella. No quiere hablar con nadie, solo quiere que esta clase termine de una buena vez para poder ir a hablar con Alana.

* * *

Decir que he tenido una mañana espantosa sería quedarse corta. He pasado horas soportando miradas cargadas de lástima, risitas disimuladas y comentarios pasivo-agresivos que me han calado hondo. Sabía que esto podía pasar, aunque me empeñara en negarlo. Sabía que existía una alta probabilidad de que no hubieran olvidado lo que ocurrió esa noche. Pero pensé que estaría más preparada. Pensé que no me afectaría tanto. Me equivoqué.

Si supieran todo lo que he tenido que soportar... Si supieran que no tengo idea de dónde está mi mamá, ¿se comportarían distinto? No lo sé... Prefiero pensar que sí. Pero no lo saben. Y no seré yo quien se los cuente.

Acelero el paso hacia el casino de la escuela. Solo quiero comer algo rápido y desaparecer. Esconderme en algún rincón hasta que suene el timbre de salida.

«¡Alana! ¡Alana!», escucho que alguien me llama. Me doy vuelta y la veo. Y el corazón se me desploma. Brooke está igual que en mis recuerdos, solo que más alta... y más hermosa.

No tengo fuerzas para soportar que ella también me pida explicaciones. No ahora. No delante de todos.

—¡Lana, por favor, para! —la oigo gritar nuevamente, y aunque apuro el paso

al máximo, ya casi la tengo pisándome los talones. Estoy por llegar al comedor y Brooke no deja de llamarme, y la verdad, no me apetece enfrentarla en un espacio cerrado, por lo que decido afrontar lo inevitable de una buena vez. Me doy vuelta y la quedo mirando.

—Hola... —dice frenando sorprendida.

—Hola...

—Me acabo de enterar de que volviste.

—Sí... estoy atrasada —le digo dándome la vuelta, esperando que entienda la indirecta de que no quiero hablar con ella. Mi corazón late a mil y no estoy preparada para tener esta conversación.

—¡Para! Debo hablar contigo —dice tomándome de la mano para detenerme.

—Brooke, por favor... —empiezo a decir tratando de soltarme. ¡Dios mío, no puedo hacer esto ahora! Solo de verla me dan ganas de llorar, y no quiero hacerlo en la mitad del pasillo. No enfrente de todos.

—Alana, solo te pido que me escuches un minuto —insiste, sin notar lo superada que estoy, lo mal que me encuentro.

—Ahora no puedo —le digo por decir algo, rezando para que me deje ir. Si yo he esperado tres años para saber qué le pasó, ella puede esperar a que yo esté mejor.

—Solo te pido un minuto —insiste.

—No es un buen momento —respondo, soltándome finalmente.

—¡Por favor! Me lo debes...

«Me lo debes» resuenan sus palabras en mi cabeza. ¿Qué yo se lo debo? ¿Yo a ella? Sus palabras me sorprenden y me enojan por igual. Como si no hubiera sido ella quien me abandonó todo este tiempo. Como si no hubiera sido ella quién me dio la espalda cuando más la necesitaba.

—¿Tú quieres hablar conmigo? Pues yo no puedo ahora —respondo molesta. No puedo creer que piense que yo le debo algo a ella. ¡¿Cómo puede ser tan egoísta?! Solo necesito un poco de tiempo para recomponerme, ¿es mucho pedir? No puedo llorar delante de todos...

—¡Déjala en paz! —escucho que alguien grita.

Levanto la vista sorprendida y noto que se acerca a nosotras una chica pelirroja, de pelo largo y liso hasta la cintura, con unos increíbles ojos azules. En cuanto llega a su lado la rodea con sus brazos y la toma de la mano, como

si yo le hubiera hecho algo malo, como si necesitara que la protegieran de mí.

—¿Victoria? —pregunto sorprendida por el cambio que ha experimentado la hermana de Colin. Claro que es ella, la pequeña niña flaca y desaliñada ha crecido, y se transformó en una joven hermosa. Siempre la encontré extraña, desde que éramos niñas. Era obsesiva y a veces llegué a pensar que había algo un poco malo dentro de ella. Recuerdo que nunca se detenía hasta lograr lo que quería, aunque eso pudiera significar herir a los demás.

—¿Qué le dijiste? —me dice Victoria con un tono agudo chillón que hace que varios estudiantes volteen a mirarnos—. ¿Cómo te atreves después de todo lo que hizo ella por ti, para que estuvieras a salvo y protegida?

Siento que se me cae la mandíbula hasta el suelo. ¿En qué mundo al revés puede considerarse un método de protección dejar de hablar y dar la espalda a un amigo caído en desgracia?

—¿Pero de qué se supone que estás hablando? —le digo a Victoria.

Ambas se miran y Brooke le hace un sutil gesto de negación con la cabeza a Victoria, y ella asiente.

Se nota que ahora son ellas las que están unidas y se comunican solo con una mirada, tal como solíamos hacerlo nosotras, y la verdad, envidio la conexión que tienen. Una que yo ya no comparto con nadie. Por más que lleve años tratando de negarlo, me bastó con ver a Brooke para comprender que aún me duele su traición y aunque sé que es malo desear que ella hubiera estado igual de sola que yo, debo reconocer que lo hubiera preferido un millón de veces.

No puedo evitar que me duela verlas tan afiatadas, que siguieran sus vidas como si nada después de mi partida y, aunque juré que no iba a volver a llorar por ella ni por nadie de este pueblo, siento cómo las lágrimas se asoman por mis ojos. Honestamente, prefiero caer de cabeza a una olla caliente de cera de depilación antes de que me vean llorar, así es que doy media vuelta y salgo casi corriendo hacia el patio.

Capítulo tres: Tír Tairngíre

Grace Kay camina rápidamente por los pasillos del castillo McCumall con solo una cosa en mente: terminar de una buena vez con lo encomendado por su padre y regresar a supervisar los preparativos de la celebración que tendrá lugar al anochecer. La joven no soporta que le hagan perder el tiempo en estupideces.

La chica no para de darle vueltas en su cabeza a la última obsesión de su padre: anteponer el prefijo «Mc» a su apellido «Kay». Por más que lleva años intentando comprender la importancia que su padre le da a los apellidos, simplemente no lo consigue.

Si bien los clanes pertenecientes a la Cofradía, los Originales gobernantes del Reino, lo llevan como un privilegio en honor a sus antepasados, no deja de parecerle totalmente ridículo que su padre quiera hacer lo mismo, ya que no tienen antepasados destacados a quienes el Reino deba honrar, ni gloriosas batallas que recordar.

Ellos son Comunes, por lo que no tienen el honor de anteponer «Mc» a sus apellidos. No provienen de un clan Original y su padre debería aceptarlo de una vez por todas.

Grace simplemente no entiende la obcecación que tiene su padre por estas estupideces, sobre todo considerando que ostenta uno de los cargos más importantes del Reino: es el Segundo. El hombre de confianza y brazo derecho de la Reina, encargado de llevar todos los asuntos económicos y domésticos, además de ser el responsable de su propio distrito y castillo.

Más importante aún, se crio con los herederos de la Cofradía y pertenece a su círculo íntimo, por lo que prácticamente, Aiden Key, su padre, sí que pertenece a la Cofradía.

Por todo aquello, la joven realmente no logra comprender que le haga perder el tiempo con esta nimiedad de modificar su apellido. Lo que sí sabe, es que no estará feliz con las noticias que le trae, ya que una vez más los druidas solicitaron más antecedentes para acceder a su petición.

Grace refunfuña para sus adentros y continúa su rápido andar pensando en una buena manera de darle largas a su padre con respecto al tema. Sale del castillo en dirección a las murallas exteriores, pero al pasar frente al patio de entrenamiento, ruidos de espadas entrechocándose la hacen levantar la cabeza y se sorprende al ver a lo lejos a Jane O’Keeffe aún entrenando, toda sudorosa y cubierta de tierra.

Se detiene a observar los movimientos que la joven guerrera ejecuta con fascinante precisión y se plantea por un momento ir a recordarle que debe presentarse en la fiesta en poco más de una hora, pero rápidamente decide que no tiene sentido inmiscuirse. No hay nada ni nadie que pueda sacar a su amiga del patio si es que ella no considera que el entrenamiento diario ha concluido.

Jane repite una y otra vez los pasos de ataque y defensa para una batalla cuerpo a cuerpo con una espada media. La joven guerrera no acepta nada menos que la excelencia a la hora de la ofensiva. Y espera lo mismo de sus hombres.

Si bien no son sus guerreros aún —ya que su padre no le ha entregado el mando del ejército—, lo serán tarde o temprano. Es su destino y se ha preparado para ello desde el día en que nació.

La joven dedica gran parte de sus días a entrenar codo a codo con sus guerreros, instruyéndolos en el correcto manejo de las distintas armas y mejorando sus técnicas de batalla.

—¡Sube el brazo! —le gruñe al hombre contra el que se enfrenta.

—¡Eso hago! —resopla el hombre con esfuerzo.

La chica da media vuelta con rapidez logrando desestabilizar al guerrero, quien sorprendido retrocede un paso quedando a merced de la joven que le pega un codazo en la espalda baja y, pasando tras de él, le coloca la punta de la espada media sobre la nuca y espera inmóvil la reacción de su contrincante.

Los guerreros reunidos se quedan en silencio al ver el desenlace de la lucha, y cuando ven que el hombre lanza la espada al suelo, en señal de derrota, rompen en vítores y golpean sus armas en honor a su futura capitana.

Jane se acerca al guerrero y lo golpea en los hombros, dándole palabras de apoyo y mostrándole dónde estuvo su error, hasta que gritos provenientes del otro lado del patio la hacen levantar la cabeza para mirar en esa dirección.

—¿Pero qué...? —comienza a decir Jane, pero se interrumpe de inmediato al comprender lo que está ocurriendo, y comienza a caminar a paso rápido hasta

el lugar donde dos guerreros se están dando golpes en el suelo, rodeados por hombres y mujeres que gritan y apuestan a viva voz por el ganador.

Grace, que seguía observado el entrenamiento desde lejos, sigue con su mirada lo que llamó la atención de su amiga, encontrándose con una batalla cuerpo a cuerpo al otro extremo del patio. «Obviamente tenía que tratarse de Kieran» piensa la chica, y lanzando un gruñido de malestar, se da la vuelta para ingresar al patio de entrenamiento, dispuesta a detener la estupidez de su hermano.

—¡Kieran! ¡Por todos los Dioses! ¡Deja de machacar en el suelo la cara de ese hombre! —grita Jane deteniéndose en el borde del círculo formado por los entusiasmados espectadores. Pero, o no la escuchan, o prefieren ignorarla, ya que los dos jóvenes guerreros siguen aporreándose con puños y piernas ante los gritos del público enardecido.

—¡Kieran Kay! —grita Jane con furia—. ¡Te detienes ahora mismo o entro al círculo y te saco a patadas!

—¡Tranquila O’Keeffe! —responde Kieran lanzando lejos a su oponente, mientras se vuelve para sonreírle a la chica escupiendo saliva mezclada con sangre al suelo—. Solo es una pequeña demostración de por qué soy el Capitán de la Guardia de los Dos Mundos.

—¡Todos sabemos por qué eres el Capitán, pedazo de animal! —responde la joven guerrera sin devolverle la sonrisa—. ¿Te debo recordar que hoy es la fiesta en honor a Oscar en tu castillo?

—¡Mierda, lo había olvidado! —responde el joven guerrero sin mirarla, ya que su atención vuelve a estar en su oponente que se levanta con esfuerzo y camina hacia él con una ensangrentada sonrisa en el rostro. El joven espera que se acerque más, y de un solo golpe en la mandíbula lo deja inconsciente en el suelo, dando por finalizada la batalla.

Kieran da un alarido mientras se golpea el corazón con el puño tres veces, para luego levantar las manos y dar una vuelta sobre sí mismo para aceptar las ovaciones y gritos del público que empieza a acercarse a los encargados de las apuestas para arreglar las cuentas entre risas y bromas.

—¿En serio? —lo recrimina Grace que llega corriendo junto a su amiga y a su hermano—. ¿Justo hoy tenías que hacer eso? ¡Sabes que Padre nos requiere listos en menos de una hora en el castillo!

El guerrero toma su camisa arrugada del suelo y se la pone por sobre la cabeza para caminar junto a las chicas fuera del patio de entrenamiento.

—¡Tranquila hermanita! —dice el joven pasando un sudoroso brazo por sobre sus hombros—. ¡Debes aprender a relajarte y vivir un poco más la vida! —. Pero la joven se zafa de su abrazo y resopla a modo de respuesta.

llegas todo sucio y ensangrentado a la fiesta —agrega Jane apuntándole a los distintos cortes de su rostro—. ¿Era necesario hacer esto justo ahora?

—¡Yo no elegí el momento, preciosa, el momento me eligió a mí! —le sonríe el joven guiñándole un ojo. Y mirándola de manera seductora, agrega—: Además, sabes que este guerrero no necesita mucho más que un baño para ser el más guapo del lugar, ¿no?

Jane lo mira y se lanza a reír sin poder evitarlo. En realidad, su amigo tiene razón. Con su pelo castaño oscuro, corto a los lados y más largo arriba que le da un toque salvaje, su piel mate que brilla al sol y unos profundos ojos verdes que destellan picardía, su amigo es realmente guapo. Por no hablar de su impresionante cuerpo, moldeado a base de años de duro entrenamiento. Por lo que sí, aunque venga saliendo de una revuelta todo cubierto de barro, Kieran no tiene que hacer ningún esfuerzo para deslumbrar a todos.

Grace, en cambio, acostumbrada a la actitud soberbia de su hermano, y para nada impresionada por su encanto natural, no deja de refunfuñar que debería madurar y comportarse a la altura.

«Hay cosas que no cambian y Kieran Kay es una de ellas», piensa Jane. La chica se despide de sus amigos y monta su caballo de un salto para galopar a su distrito. Ella sí que necesitará algo más que un baño para prepararse para la ceremonia de la noche.